

Cultura Política Latinoamericana: entre los rasgos del pasado y las expectativas comunicacionales del presente

Claudio Domingo Elórtégui Gómez

*Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
claudio.elortegui@ucv.cl*

Resumen

El presente artículo aborda la necesidad de situar en el estudio de los acelerados cambios sociales que experimenta América Latina, la relevancia del concepto de la cultura política como un potencial eje orientador y revitalizador de los debates que observan los fenómenos políticos en la región. El objetivo es determinar las características que definen la cultura política continental, a fin de establecer los rasgos que explican el sentido comunicacional de la socialización política como una dimensión simbólica que permite ampliar las perspectivas de análisis.

Palabras clave: Cultura política, comunicación, América Latina.

Latin American Political Culture: Between Past Features and Present Communicational Expectations

Abstract

In the study of accelerated social changes in Latin America, this article is about the need to situate the relevance of the concept of political culture as a potential axis that guides and revitalizes debates about political phenomena in the region. The objective is to determine the character-

istics defining continental political culture in order to establish the features that explain the communicational meaning of political socialization as a symbolic dimension that permits broadening the perspectives of analysis.

Keywords: Political culture, communication, Latin America.

INTRODUCCIÓN

Las profundas transformaciones que ha experimentado el continente latinoamericano durante los últimos años, se manifiestan, entre otros aspectos de interés y relevancia para el comportamiento político, en las formas de apropiación y consumo simbólico que presentan las personas para explicar la política y el sentido de ordenamiento institucional formal e informal en los que viven.

Los espacios tradicionales de convivencia, conflicto y desarrollo de la acción política se han trasladado con fuerza, por ejemplo, a la virtualidad de los medios de comunicación masivos y a los nuevos dispositivos digitales de información (Castells, 2010), produciendo cambios en la cultura y en la cotidianidad de millones de individuos a nivel global (Beck, 2003; Touraine, 1997).

La irrupción de las redes sociales de la mano de la portabilidad de los móviles y, por ende, la posibilidad de participar en la producción de contenidos ciudadanos que posteriormente se traducen en la visibilización de las demandas de nuevos grupos de presión, es un aspecto que se observa en las sociedades digitalizadas de hoy, reordenando incluso el flujo de la información política e igualando el peso específico de los actores en ciertas situaciones.

Los espacios de desarrollo de la política se extienden a dimensiones inéditas de socialización que el poder institucional no logra controlar a través de la imposición de sus ritmos de negociación o de establecimiento de la agenda informativa. En este plano, Nye (2008) recuerda los tipos de liderazgos que surgen en la actualidad, donde se ponen de relieve el control de los flujos de información y la centralidad de la red.

No obstante, reducir la complejidad de los nuevos fenómenos de reconocimiento cívico y búsqueda de participación ciudadana a variables eminentemente tecnológicas o virtuales, como si todo se esté conduciendo y liderando por estas plataformas; una suerte de “espuma ascendente” genera-

da por las redes sociales como se tiende a explicar la Primavera Árabe de Medio Oriente (Khondker, 2011; Salanova, 2012), continúa siendo algo que debe someterse a un estudio profundo y probarse como tal.

En medio de esta vorágine de procesos inciertos, lo que plantea este artículo es volver a preguntarse por lo que somos y hemos sido. Cuando la desorientación comienza a ser evidente en los escenarios sociales, puede ser un momento oportuno para rescatar y valorar, una vez más, la centralidad del concepto de cultura política.

Dado lo anterior, el objetivo es vincular la teoría de la cultura política con la dimensión comunicacional/simbólica que mantienen las relaciones humanas en sus diferentes niveles de socialización, con la finalidad de formular nuevas preguntas desde un sitio más cercano y propio de lo que es la identidad en América Latina.

No se puede desconocer que existen una serie de mecanismos y rutinas históricas e identitarias muy presentes que configuran la esencia de lo que entendemos y explicamos como política. Las prácticas de antaño, radicadas en el sentido de pertenencia de las comunidades con sus espacios e integrantes, y la manera que poseen para determinar el mundo próximo y el del poder, conviven con los rasgos naturales de una modernidad que se somete a los vertiginosos ritmos de la globalización y la hibridación cultural.

Los nuevos liderazgos populares, la reactivación de movimientos sociales y las sucesivas percepciones que se construyen de la política, ponen de relieve la riqueza de una dimensión de contactos, subjetividades e interacciones que construyen realidad social en el tejido político de las comunidades actuales. Pero lo anterior no debería comprenderse sin la mirada de los elementos precedentes que fueron estableciendo una determinada cultura política continental que dialoga con la local.

Los cambios han tenido una velocidad que sobrecogen, renovando actores, lugares y escenarios que dificultan el análisis del presente social. “La aceleración de los tiempos, así como la contracción del tiempo y del espacio, afectan al conjunto de las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales como nunca antes en la historia de la humanidad” (Ottone, 2011: 26).

Volver a poner en su contexto las características de una cultura política latinoamericana que se fue forjando mediante quiebres interculturales desde la colonización; procesos de trauma y dolor en la instauración de los proyectos políticos nacionales; reconciliaciones y desigualdades estructu-

rales; permite el acercamiento de este paradójico presente sin la necesidad de enfrentarse a prejuicios, caricaturas o reduccionismos.

METODOLOGÍA

La cultura política evidencia tensiones y áreas de explicación que son necesarias de revisar para aportar en el debate de lo que nos acontece, comprendiendo que las generalizaciones son un ejercicio que resta diversidad y complejidad a la realidad latinoamericana, pero que también facilita un análisis cohesionado e integrador para observar el escenario contemporáneo y la posibilidad de imaginar futuras políticas públicas sustentadas en el bien común.

En este sentido, se empleó el método denominado como “meta-analítico”, referido a la selección e integración de información cualitativa que permite una nueva delimitación y marcos de referencia de los objetos de estudio. Dicha técnica posibilita identificar los “dominios-madre”, definidos por Alford y Friedland en Neuman (2002: 97) como un “conjunto de hallazgos y casos históricos ejemplares que demuestran la relevancia y veracidad de la teoría”.

Esta metodología presenta la finalidad de conectar desde diversas perspectivas que otorgan las ciencias de la comunicación el sentido político de la cultura, con el objetivo de trazar horizontes de comprensión basados en una plataforma conceptual interdisciplinaria.

En suma, un método de esta naturaleza debe ofrecer una observación adicional desde lo teórico sobre la evolución del objeto de estudio, puesto que la amplitud y diversidad de algunas visiones, por ejemplo en el ámbito de la cultura política, requiere de nuevas aproximaciones de acuerdo al contexto introductorio antes descrito (Neuman, 2002).

Para ello, es fundamental conectar el trabajo de múltiples “dominios-madre” a través de análisis comparativos concebidos de manera no restrictiva, sino más bien expositivos e integradores (Neuman, 2002).

La metodología utilizada desea posibilitar y construir los cimientos teóricos para la comprensión de potenciales marcos de acción y desarrollo de las culturas políticas en América Latina, con la intención de contrastar la información levantada y las potenciales conjeturas a investigaciones etnográficas o estudios de campo más intensivos y prolongados, tanto en el tiempo como en los espacios geográficos de observación.

FUNDAMENTOS TEÓRICOS

1. Modelo funcionalista de la cultura política

Para efectos de este artículo, la cultura política se entenderá como el “conjunto de ideas, sentimientos, valores, información, actitudes y capacidades políticas, que se manifiesta en la práctica política de los ciudadanos, grupos, líderes y comunidades, así como su memoria histórica, en los modos en que elaboran las dinámicas políticas, sociales, culturales y económicas de su país, y en los significados que dan a la vida política” (Calderón, 2009).

Esta definición, que incluye las referencias de Almond y Powell (1992), Bobbio y Mateucci (1985) y Touraine (1997), evidencia una serie de rasgos que no son estáticos y que forman parte de un proceso continuo pero también anclado en las características y estructuras nacionales. De hecho, los aportes de Almond y Verba (1991) y lo que denominaron como “cultura cívica” en los sesenta, situó la distribución de las pautas de orientación hacia objetos políticos entre miembros de una nación.

Sostienen Almond y Verba (1991: 182-191) que existen tres clases de cultura política: la parroquial, cuando apenas hay orientaciones políticas entre la población; la del súbdito, cuando la frecuencia de orientaciones hacia el sistema político es alta, pero se está consciente de las instituciones que ordenan las demandas sociales; y la cultura política participante, consistente en las posiciones activas de los sujetos en los procesos y estructuras políticas, dirigidas hacia el sistema e independiente de que sus sentimientos sean desfavorables.

Identificando esta heterogeneidad de formas, según Almond y Verba (1991: 193-197) se superaría la dicotomía entre realidades micropolíticas (las tendencias psicológicas individuales) y macropolíticas (estructura y funcionamiento de los sistemas políticos), debido a que la cultura política serviría como nexo para la adecuada unión entre las personas y los grupos, en una primera instancia, y las estructuras y los procesos, en un complementario segundo paso.

Surge así un tipo ideal de cultura política identificada con la democracia anglosajona, y en la que coexisten la participación de los sujetos junto a manifestaciones parroquiales y de súbdito, equilibrando la actividad en general. Sin embargo, esta visión clásica encierra a juicio de algunas posiciones una concepción elitista de la democracia; un principio

normativo con el que deberían compararse las realidades culturales nacionales (Benedicto, 1995).

Aunque estos planteamientos son relevantes y el “modelo canónico funcionalista” (Benedicto, 1995: 254) siguió empleándose durante varias décadas, el cambio de paradigmas en la sociología política supuso el agotamiento de la temática en los setenta.

No obstante, después de diez años se produce un interesante rebrote intelectual que articula una teoría culturalista desde miradas más globales. Las nuevas aportaciones son principalmente los enfoques que comienzan a centrarse en la figura de la cultura en el marco de las sociedades industriales avanzadas y que tienen en Thompson (1990) un referente de importancia.

2. Comunicación y trama cultural en acción

Las visiones teóricas de la cultura política como un conjunto de disposiciones psicológicas que son el resultado de una específica socialización, dan paso a la importancia de las significaciones en las que se desarrolla la vida política, como elementos que se construyen con otros y se expresan comunicativamente en la sociedad y en sus diferentes redes (Wildavsky, 1987).

El sentido comunicativo que presenta la cultura política en sus manifestaciones forma parte de un proceso de interpretaciones socio-colectivas fundadas en fases de producción, intercambio y resignificación, tanto dialógicas como simbólicas, definidas por “las formas de intervención de los lenguajes y las culturas en la constitución de los actores y del sistema político” (Landi, 1983:20).

Vinculando, en el sentido “meta-analítico” con el que se está teorizando, la centralidad de la comunicación política con la cultura en los procesos contemporáneos, Martín Barbero puntualiza que se trae a un primer plano “los ingredientes simbólicos e imaginarios presentes en los procesos de formación de poder y los modos de interpelación y reconocimiento, esto es de comunicación, en que se constituyen los actores políticos” (1990: 23).

Frente a las visiones de esa democracia idealizada de ciertos autores funcionalistas estadounidenses y que se traducían en la concepción de la “cultura cívica”, democratizar la sociedad en zonas como Latinoamérica significará “trabajar en el espesor de la trama cultural y comunicativa de la política” (Martín Barbero, 1990: 23).

La política deja de ser pensada como una esfera restringida y autónoma para ser cada vez más estudiada en sus articulaciones cotidianas y culturales (Reguillo, 2002). Se propone el término de “culturalización de la política” para hacer alusión a la irrupción de otras formas de entender, de manera activa, la participación pública, es decir, distinguir una visibilidad mayor en la diferencia cultural como componente central para el ejercicio del poder (Reguillo, 2002: 256).

En suma, el planteamiento sugiere que la cultura política no puede centrarse exclusivamente en el dominio cognitivo y práctico de la política formal en sus diversas manifestaciones. Reguillo (2002: 258) establece, siguiendo la propuesta de Bourdieu, tres niveles de existencia:

a) Una cultura política “institucionalizada”, es decir, el conjunto de normas, representaciones, valores y comportamientos socialmente dominantes en un momento histórico y en una sociedad determinada; b) una cultura política “incorporada”, que sería aquella donde existe un proceso activo de aprobación y reconstrucción selectiva por parte del actor social del repertorio de normas, valores y representaciones, comportamientos y actitudes con relación a la esfera pública; c) una cultura política “en movimiento”, la dimensión práctica que permite verificar la representación enunciada y la acción operada.

En suma, el modelo de Reguillo consiste en que las investigaciones en torno a la cultura política se desplacen de lo normativo al terreno de lo incorporado y lo actuado, “buscando que el eje de lectura sea el mismo sujeto que, a partir de las múltiples mediaciones que lo configuran como actor social, ‘haga hablar’ a la institucionalidad” (2002: 259).

DISCUSIÓN DE RESULTADOS

1. Desigualdad como rasgo condicionante en la región

El desplazamiento dado por las mediaciones y el giro hacia las acciones emanadas de una cultura en movimiento, no operan en una dimensión puramente psicológica como expresan Almond y Verba (1991). Está dada por una dinámica comunicativa que tiene la necesidad de

renombrar un conjunto de procesos de incorporación y reconocimiento social que no se agota en la pertenencia a un territorio, sino que desea la reivindicación de las diversidades culturales como palanca para impulsar la igualdad (Reguillo, 2002: 261).

Por tanto, es importante definir ámbitos y escenarios donde efectivamente se da aquella dinámica de intercambio de lo político; donde son los sujetos y sus comunidades los que estarían determinando una manera de hacer política, fundamentada en procesos de interacción como uno de los principales polos de desarrollo de sus culturas.

Lo anterior se manifiesta en situaciones microcomunicativas de relaciones humanas; negociación con las autoridades; lealtades con sus pares; adopción de nuevas tecnologías y medios, reconfigurando así espacios públicos de gran identificación para las comunidades que requieren de visibilidad social frente a aquellos que concentran o detentan el poder.

La cultura política ha sido testigo en América Latina de un plano de resistencias y tensiones entre grupos bien cohesionados que controlan el poder -aunque eso no se traduce en instituciones políticas fuertes o democracias con igual condición, sino más bien en la protección del capital económico de un continente rico en materias primas- y los sectores populares que intentan articular su identidad comunicativa para acceder a espacios que le son ajenos.

Los partidos políticos estaban llamados a ocupar ese espacio de representación y diálogo, pero el descrédito en el que cayeron y la incapacidad para efectuar estrategias de comunicación orientadas a la integración, repercutieron en un proceso donde la credibilidad es baja. Esto se intensifica con la masificación de los medios de comunicación y el periodismo como un estamento de denuncia política y exhibición del conflicto para los electores (Menéndez, 2009; Elizalde, 2004).

Existen rasgos básicos asociados a la cultura política del continente, identificables desde el método meta-analítico, que son los predisuestos por las estructuras y patrones de conducta social que establece la manifiesta desigualdad. Pero no sólo la de corte económico, sino también la de oportunidades y accesos a condiciones simbólicas vedadas.

Señala Calderón que una característica de las culturas políticas latinoamericanas es “la exclusión del otro (...) como una forma concreta de negación de la diferencia; ésta es una de las principales fuentes de desigualdad, que se fue expresando de diversas maneras según los momentos y los espacios” (2009:26). Parte de esas maneras, momentos y espacios en la indagación de la exclusión existente a nivel continental, permiten determinar los siguientes resultados.

2. “Supervivencias feudales” e incubación de la exclusión

El problema en la distribución de las riquezas es una constante y tiene su repercusión en las maneras en que se expresa la política comunicacional de los diferentes grupos que están en pugna dentro del sistema. El “pueblo es el gran ausente del proceso de desarrollo económico y político” del continente (De Castro, 1971: 21), aunque los movimientos políticos, sociales y populares han ido logrando avances en el campo de los derechos que en las décadas iniciales del siglo XX podían parecer objetivos inalcanzables.

La región ostenta una condición social desigual porque, en otros aspectos, está enmarcada en un proceso histórico que cimentó las bases del feudalismo agrario como la estructura económica que marcaría el destino desde el descubrimiento europeo y durante los sucesivos siglos. Se considera que incluso hasta el siglo XX América Latina es una gran zona feudal, donde todas las fuerzas sociales, valores y sistemas económicos nuevos se van incrustando en la antigua base, por lo que existen “supervivencias feudales” (Giner, 1967: 14) que heredan los rasgos tradicionales de la economía de explotación y que se transmiten a las relaciones políticas.

En estos contextos se incubaba una determinada manera de asimilar las relaciones sociales, de comprender la política y practicar la comunicación en términos de verticalidad y dependencia. Durante largos siglos las personas de la región se desenvuelven en estas marginales situaciones, la condición del pueblo estará atrapada a un modelo rígido, a la pobreza y a una estructura divisoria-clasista, con procesos paternalistas en las relaciones económicas y sociales, las que no favorecían el surgimiento de formas de gobierno republicanas basadas en el consenso público (Ruiz García, 1971: 183).

De hecho, a juicio de Gellner, el intercambio de trabajo, ayuda, renta o impuesto a cambio de protección y acceso a la tierra, entraña rasgos que son propios del feudalismo en la esfera de la moral: “fidelidad a las personas antes que a los principios, culto al honor, a la lealtad, a la violencia y a la virilidad” (1986: 11).

Por eso también a nivel continental ha sido muy dificultoso desprenderse de la imagen de un Estado que debe proporcionar todas las respuestas y colaboraciones posibles; uno de carácter omnipotente, capaz de todo y obligado a solucionar las problemáticas de la sociedad; Estado que recae en figuras individuales o en el exceso del presidencialismo.

Existe un sentido simbólico y emocional muy presente en la política latinoamericana, sobre todo la que se da en los sectores populares, herederos de la explotación, el sufrimiento y compuesto por un índice importante de indígenas que pasaron de modelos políticos como el caudillaje a un sistema feudal que no les dio margen de alternativa.

El patrono o patrón es considerado todavía en la actualidad de Sudamérica como una fuente de poder, el colono debe ganar la gracia de un señor si desea mantener sus posibilidades de subsistencia (Camacho, 1978). Luego de la transformación social que se experimenta con el crecimiento acelerado de las urbes –a comienzos del siglo XX– y los consecuentes movimientos migratorios del campo a las ciudades, el modelo adquiere nuevos lineamientos como el patronazgo y, sobre todo, el clientelismo.

3. Dependencia clientelar y “conciencia en deuda”

Con el mayor entramado social que se experimenta desde los procesos de modernización y el paulatino acceso de las clases populares a la educación y a los procesos electorales, el clientelismo persiste para generar adhesión partidista y fidelización del voto.

Esto se logra incorporando, por ejemplo, a una gran cantidad de personas al aparato estatal, otorgándoles estabilidad laboral y subsistencia (Oxford Analytica, 1992).

Se observa, desde las perspectivas contenidas en los “dominios madre”, que el eje democracia-autoritarismo no basta para describir la situación que vive la cultura política sudamericana. Como sostiene Entel, hay una “construcción hegemónica legitimadora de nuevas jerarquizaciones, de nuevos ricos y, sobre todo, de nuevos pobres y de mecanismos emergentes y a la vez tradicionales de inclusión y exclusión” (1996: 17).

El clientelismo suele darse de manera personalizada dentro de un sistema jerárquico, donde los vínculos se legitiman o no según lealtades y traiciones, constituyéndose en signos de una lógica de honor donde se naturaliza la subalternidad: “un generador de sentidos de orden o, dicho en otros términos, una institución que definiría un tipo de orden social” (Entel, 1996: 94).

Las investigaciones etnográficas que Guillermo de la Peña y René de la Torre (1994) efectuaron en la ciudad mexicana de Guadalajara durante la década de los noventa, complementan lo anterior. Concluyen que cuando se desvanecen las reglas para ejercer el derecho a la ciudad,

cuando la apropiación de los empleos y servicios se extravía entre arbitrariedades políticas y corrupciones, muchos pobladores buscan la protección mediante agrupaciones sectoriales y subordinándose a paternalismos de caciques o religiosos.

Estas acciones basadas en un sistema de lealtades o “conciencia en deuda” (Entel, 1996: 95), involucran distintos aspectos de la vida de las personas, entre ellas la esfera comunicativa. No es extraño que dentro de un mismo grupo familiar se devuelvan los favores a los caudillos o líderes durante generaciones, pues estas operaciones sociales no funcionarían para excluir al otro, sino para “subalternizarlo” y “hacerle pagar” su derecho a convivir con los “incluidos” (Entel, 1996).

El clientelismo, por tanto, es una dimensión más profunda que un simple intercambio de bienes. Encierra también emociones y fidelidades, y busca suplir las desigualdades mediante supuestas cadenas de solidaridad que otorgan gran importancia a las relaciones que se mantienen en estos marcos (Auyero, 2001).

Estos sujetos “benefactores” y articuladores del clientelismo pueden estar representados en muchas leyendas y tradiciones orales latinoamericanas, adquiriendo la figura de “ladrones buenos” o bandoleros presentes en los tiempos agobiantes y dispuestos a defender a los pobres y desafortunados (Entel, 1996: 96), una imagen que muchos personajes políticos han querido revivir en sus campañas políticas o en la construcción de su imagen pública.

Pese a que el clientelismo es una práctica utilizada por una gran cantidad de actores políticos del continente, algunos tienen la habilidad comunicacional para endosarle a la entrega física del objeto/servicio un cariz más emocional, que se complementa además con la política mediática que desarrollan no sólo en tiempos de elecciones, sino en todo momento del año. Así proporcionan la sensación de preocupación constante hacia los desfavorecidos, lo que se percibe en una cercanía que sellan, sobre todo, los soportes audiovisuales y masivos.

4. Ritualidad como reafirmación política de lo cotidiano

El diseño metodológico propuesto a partir del diálogo de los “dominios-madre” con las perspectivas analizadas, exhibe que la capacidad simbólica de la comunicación y la cultura no se agotan en los aspectos anteriormente señalados. También se manifiestan en otras instancias

transversales al paso del tiempo y los actores, como son los ritos, instrumentos de reafirmación del poder que se presentan hasta nuestros días en las sociedades y que en determinadas comunidades suelen tener una presencia constante, que incluso se traduce en todo un dominio icónico (Benedicto, 1995: 261).

Bourdieu (1999:80) llega a expresar que para la comprensión de los fenómenos sociales más importantes, tanto los que se produjeron en las sociedades precapitalistas como en la actual, “la ciencia social debe de tener en cuenta el hecho de la eficacia simbólica de los ritos de institución; es decir, poder de actuar sobre lo real actuando sobre la representación de lo real”.

Según Francisco Cruces (1998: 27), lejos de la imagen de una modernidad por entero antiritualista y secularizada, las sociedades latinoamericanas de los últimos años no han cesado de afirmar la importancia de la dimensión ritual en la constitución de la vida social. El ritual encierra, enfatiza, la creciente importancia de la dimensión exterior y propagandística como mensaje dirigido a públicos amplios, audiencias vastas y muchas veces indefinidas.

Es en el rito donde se comprenden una serie de prácticas que van señalando una determinada forma de explicar el mundo de lo político desde los aspectos culturales más cotidianos; es participación desde lo cultural y en situaciones recurrentes y de manifiesta marginación. A su vez, la dimensión política perfectamente puede ser entendida como una comunicación ritualizada (Pross, 1980).

Tomando a Baumann y Handelman, Cruces (1998) afirma que el rito también se comprende como una modalidad de acción colectiva, estereotipada y recurrente. Añade que los rituales están semánticamente marcados y estilizados, por lo que suponen una llamada a la interpretación de naturaleza presencial y evocadora que tiende a replicarse en el futuro, por lo que pueden perpetuar social o culturalmente a un grupo (Cruces, 1998).

5. Lucha mítica de realidades en conflicto

El rito adquiere una condición de trascendencia cultural que reduce la incertidumbre e impulsa un sentido mítico en las relaciones de la política. En este ámbito, Pross (1980: 139) se pregunta si es posible imaginar todo el complejo de la vida pública sin lo mítico, lo que ejemplifica sobre todo en un momento crucial de la actividad política como son las elecciones.

La actitud mítica, asimilada por la cultura política, tiende a ver la realidad histórica y social “como una lucha dramática entre poderes conflictivos” (García-Pelayo, 1981:32). Por tanto, la teatralidad fundamenta la legitimidad, marca diferencia con los gobernados y requiere de un mandato que necesita de la puesta en escena. Será el conflicto, entonces, el que ordene las estrategias y tenga relevancia en la acción dramaturgica (Bélanger, 1988).

En culturas políticas como la latinoamericana, el conflicto se vive con una gran intensidad y marca la dramatización política. El conflicto social permite que los desposeídos puedan tener un modo de comunicación, pues estos sectores marginados: “cuando salen a la calle para protestas, revueltas u otras formas de participación no tradicional con el fin de ser oídos, se aseguran el reconocimiento, si no la bienvenida, de los productores de decisiones” (Borrat, 1989: 26).

De acuerdo a las características políticas señaladas, las personas en sus contextos sociales son capaces de interpretar, reacomodar e integrar las demandas simbólicas de sus culturas populares, a través de procesos de retroalimentación de gran dinamismo. No es extraño que las comunidades más vulnerables, por tanto, “tiendan a zanjar el abismo entre su esencia humana y su existencia infrahumana mediante la creencia en mitos de resentimiento y de liberación” (García Pelayo, 1981: 27).

6. Formas “litúrgicas” de concepción democrática

El rito, la ceremonia, los conflictos, así como los lenguajes y la puesta en escena que emanan de estas situaciones comunicativas, van marcando un determinado tipo de cultura política en América Latina, consagrada por relaciones afectivas y emotivas propias de un pacto político mítico. El pueblo se incorpora así a una situación simbólica que le estaba restringida.

Por eso es importante integrar en los rasgos de la cultura política el nivel identificado desde el estudio “meta-analítico” como las “democracias litúrgicas” (Álvarez Junco, 1994), es decir, la tradición política que se refiere a la incorporación de los sectores marginados no como ciudadanos, sino más bien como un pueblo que ha tenido que construir sus propias redes por las que circulan lealtades, recursos económicos e identidades políticas.

Producto de lo anterior, estas manifestaciones dan prioridad a los actos masivos y discursivos, activando, a su vez, los ritos descritos. Me-

diante estas expresiones litúrgicas, el ceremonial popular tiene mayor significado y cercanía, pues llena el vacío de lo que tendrían que haber sido las condiciones propiciadas por una democracia real.

Martín-Barbero (1993) explica las profundas significaciones políticas que tienen las imágenes populares que se dan en las plazas latinoamericanas, con sus groserías, injurias y blasfemias hacia alguna autoridad, liberando lo grotesco y lo cómico, dos ejes expresivos de esta cultura. En tanto, Cruces (1998) delimitó la importancia que la típica calle latinoamericana posee como una metáfora del espacio público intersubjetivo en cuanto “lugar de todos” y, por supuesto, lugar de la política de las clases populares, la “esfera pública plebeya” (1998: 38).

Otros trabajos etnográficos como los de Espinoza (1999), Da Matta (1991) o Auyero (2001) han ratificado que prácticas populares como los carnavales o las protestas callejeras articulan la concepción que se tiene de la política, como una acción que requiere del espacio público para la aclamación, rechiflas e insultos directos a los líderes.

Además, la percepción de dominación y subyugación que es codificada por los pueblos latinoamericanos instauro en la cultura política el “mito de la unidad”. El pueblo se convierte en el núcleo central para la coyuntura en la que transcurrirá la teatralización política, por lo que la nación se moviliza en una situación ceremonial (Balandier, 1994: 20).

En su versión contemporánea, la ceremonia también está dada por los formatos que imponen los medios de comunicación masivos, especialmente la televisión, un escenario que se reactiva popularmente mediante el entretenimiento y la espectacularización del conflicto. En el pasado la dramatización se caracterizaba por los grandes movimientos de masas, donde miles de personas se reunían para escuchar al líder, quien apenas era observado en lo visual, pero que debía ingeniar elementos con la finalidad de captar el interés y hacer entradas espectaculares para causar gran fervor e ilusión.

En la actualidad, las movilizaciones todavía son un hecho en la dinámica política latinoamericana, aunque cada vez más preparadas y dispuestas de acuerdo a las mejores condiciones televisivas. Lo que interesa es que la movilización sea visible por todos, incluyendo de manera prioritaria a los que están en sus hogares, pues es una de las formas litúrgicas, pero también tecnológicas, de estas democracias.

DISCUSIÓN FINAL

La comprensión de la cultura política latinoamericana bajo un contexto de interacciones, radica en la particular forma que se han incorporado los sectores populares a la política como “pueblo” y no como ciudadanos. El escaso reconocimiento de las condiciones ciudadanas en los derechos del día a día sobre un conjunto no menor de individuos, ha generado procesos truncados o de baja intensidad en la participación (Chevigny, 1995; Pinheiro, 1997).

Ante la imposibilidad de expresarse políticamente dentro de canales institucionales normales amparados en un Estado de Derecho, debido a la inexistencia o debilidad de tales mecanismos, no es la desorganización total o la atomización la que se hace presa de los vulnerables, sino la irrupción de las manifestaciones simbólicas sugeridas en esta investigación teórica.

Las sociedades latinoamericanas han vivido bajo un despliegue comunicacional y ceremonial que ha ordenado la existencia de millones de seres humanos durante el incesante devenir de las generaciones. La dramatización política generalizada del poder ha repercutido en el pueblo latinoamericano, marcando una determinada cultura política que en medio de su desigualdad intenta buscar sentido a la realidad de las crisis endógenas que le afectan a través del mito y los tipos de liderazgos que emanan de esta dimensión.

Como sostiene Balandier, “la racionalización política no acaba de borrar por completo las antiguas maneras” (1994: 32); y en América Latina las expresiones originales se dan hasta nuestros días. Lo mítico en la cultura política está presente y justamente el grado de ésta “asciende a medida que aumentan las desigualdades entre la gente que debiera identificarse en comunicación” (Cohen, 1979: 63).

Desde el estudio meta-analítico utilizado, el cruce entre los elementos estudiados sitúa a la cultura política latinoamericana en un movimiento de integración, articulación y reducción de la incertidumbre, que por supuesto convive con innovadoras tecnologías, lógicas de consumo y nuevas problemáticas, pero que sigue siendo mítica en su orientación y esencia.

El escenario de vaivenes y abruptos movimientos propios de la política posee una evidente intensificación en América Latina, quizás como pocos lugares en el mundo. La crisis es parte del devenir, como también el desarrollo de una cultura para minimizar la carencia de senti-

do, marcando así una acción política ritualizada y trascendente; en una tierra indígena milenaria, simbólica y que absorbe además una religiosidad cristiana que se funde con las concepciones populares.

Durante siglos, el mundo rural y la explotación de recursos naturales siguieron inculcando relaciones políticas y comunicativas extremadamente verticales, de obediencia y sumisión, donde la vida depende de la forma en que se trabaja al servicio de otros. Los sectores marginados y/o excluidos activan una batería de relaciones para lograr solidaridad, negociación y comunicación en las situaciones de adversidad.

Los rasgos, historias y formas de comprender lo político están presentes en la desigualdad y en la cultura que desde ahí emana hasta nuestros días. La cultura política en su diálogo con las perspectivas comunicativas nos invita a mirar un largo proceso de producción e interpretación de realidades sociales, protagonizado por actores en conflicto e identidades que nos ayudan a resituar los fenómenos políticos actuales.

Referencias Documentales

- ALMOND, Gabriel; POWELL, Bingham. 1992. **Comparative politics today. A World view**. Harper Collins Publishers. Nueva York (Estados Unidos).
- ALMOND, Gabriel; VERBA, Sidney. 1991. “La cultura política”, en BATLLE, Albert (eds.). **Diez textos básicos de Ciencia Política**. Ariel. Barcelona (España).
- ÁLVAREZ JUNCO, José. 1994. “El populismo como problema”, en ÁLVAREZ JUNCO, José; GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo (eds.). **El Populismo en España y América**. Catriel. Madrid (España).
- AUYERO, Javier. 2001. **Poor people’s politics**. Duke University Press. Durham (Estados Unidos).
- BALANDIER, Georges. 1994. **El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación**. Paidós, Barcelona (España).
- BECK, Ulrich. 2003. **Pouvoir et contre-pouvoir à l’heure de la mondialisation**. Flammarion. Paris (Francia).
- BÉLANGER, André. 1988. “La comunicación política, o el juego del teatro y de las arenas”, en GAUTHIER, Gilles; GOSSELIN, André; MOUCHON, Jean (comps.). **Comunicación y Política**. Gedisa. Barcelona (España).
- BENEDICTO, Jorge. 1995. “La construcción de los universos políticos de los ciudadanos”, en BENEDICTO, Jorge; MORÁN, María Luz (eds.). **Sociología y Política**. Alianza. Madrid (España).

- BERGER, Peter; LUCKMANN, Thomas. 1997. **Modernidad, pluralismo y crisis de sentido**. Paidós. Barcelona (España).
- BOBBIO, Norberto; MATEUCCI, Nicola. 1985. **Diccionario de política**. Siglo XXI. México D.F. (México).
- BORRAT, Héctor. 1989. **El periódico, actor político**. Gustavo Gili. Barcelona (España).
- BOURDIEU, Pierre. 1999. **¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos**. Akal. Madrid (España).
- CALDERÓN, Fernando. 2009. **Cultura de igualdad, deliberación y desarrollo humano**. Cuaderno VIII del Foro de Altos Estudios Sociales de Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, PUCV. Valparaíso (Chile).
- CAMACHO, Daniel. 1978. **La dominación cultural en el subdesarrollo**. Editorial Costa Rica. San José (Costa Rica).
- CASTELLS, Manuel. 2010. **Comunicación y Poder**. Alianza, Madrid (España).
- COHEN, A. 1979. "Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder", en LLOBERA, José (comp.). **Antropología Política**. Anagrama. Barcelona (España).
- CRUCES, Francisco. 1998. "El ritual de la protesta en las marchas urbanas", en GARCÍA CANCLINI, Néstor (coord.). **Cultura y comunicación en la Ciudad de México**, UAM-I/Grijalbo. México D.F. (México).
- CHEVIGNY, Paul. 1995. **The edge of the knife. Police violence in the Americas**. The New Press. New York (Estados Unidos).
- DA MATTA, Roberto. 1991. **Carnivals, rogues and heroes. An interpretation of the brazilian dilemma**. University of Notre Dame Press. Notre Dame (Estados Unidos).
- DE CASTRO, José. 1971. "Prefacio", en RUIZ GARCÍA, Enrique. **América Latina Hoy**, Tomo I. Guadarrama. Madrid (España).
- DE LA PEÑA, Guillermo; DE LA TORRE, René. 1994. "Identidades urbanas al fin del milenio", en **Ciudades**, N° 22, abril-junio (México).
- ELIZALDE, Luciano. 2004. **Estrategias en las crisis públicas**. La Crujía Ediciones. Buenos Aires (Argentina).
- ENTEL, Alicia. 1996. **La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana**. Paidós. Buenos Aires (Argentina).
- ESPINOZA, Vicente. 1999. "Reivindicación, conflicto y valores en los nuevos movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX", en VV.AA. **Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX**. LOM. Santiago de Chile (Chile).

- GARCÍA PELAYO, Manuel. 1981. **Los mitos políticos**. Alianza. Madrid (España).
- GELLER, Ernest, et. al. 1986. **Patronos y clientes**. Ediciones Jucar. Barcelona (España).
- GINER, Salvador. 1967. **Historia del Pensamiento Social**. Ariel. Barcelona (España).
- KHONDKER, Habibul H. 2011. **Role of the New Media in the Arab Spring**. Routledge (Estados Unidos).
- LANDI, Oscar. 1983. **Crisis y lenguajes políticos**. Cedes. Buenos Aires (Argentina).
- MARTÍN BARBERO, Jesús. 1990. "El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación", en VV.AA. **La nueva representación política en Colombia**. IEPRI/FESCOL. Santa Fe de Bogotá (Colombia).
- MARTÍN BARBERO, Jesús. 1993. **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**. Gustavo Gili. Barcelona (España).
- MENÉNDEZ, María. 2009. **Política y medios en la era de la información**. La Crujía Ediciones. Buenos Aires (Argentina).
- NEUMAN, Russell. 2002. **El futuro de la audiencia masiva**. Fondo de Cultura Económica, Santiago (Chile).
- NYE, Joseph. 2008. **The power of lead**. Oxford University Press Nueva York (Estados Unidos).
- OTTONE, Ernesto. 2011. **Gobernar la globalización**. Ediciones Universidad Diego Portales. Santiago (Chile).
- OXFORD ANALYTICA. 1992. **Latinoamérica en perspectiva**. El País/Aguilar. Madrid (España).
- PINHEIRO, Paulo. 1997. "Popular responses to state-sponsored violence in Brazil", en CHALMERS, Douglas; VILAS, Carlos; HITE, Katherine; MARTIN, Scott; PIESTER, Kerianne; SEGARRA, Monique (eds.). **The New Politics of inequality in Latin America**. Oxford University Press. Oxford.
- PROSS, Harry. 1980. **Estructura simbólica del poder**. Gustavo Gili. Barcelona (España).
- REGUILLO, Rossana. 2002. "Jóvenes y esfera pública", en **Jóvenes mexicanos del siglo XXI**. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. Instituto Mexicano de la Juventud. México D.F. (México).
- RUIZ GARCÍA, Enrique. 1971. **América Latina Hoy**, tomos I y II. Guadarrama. Madrid (España).

- SALANOVA, Regina. 2012. **Social Media and Political Change: The Case of the 2011 Revolutions in Tunisia and Egypt**. International Catalan Institute for Peace, Working Paper No. 2012/7, United Nations-United Nations University (UNU), December 1, 2012 (España).
- TOURAINÉ, Alain. 1997. **Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents**. Fayard. Paris (Francia).
- THOMPSON, John. 1990. **Ideology and modern culture**. Polity Press. Cambridge (Inglaterra).
- WILDAVSKY, Aaron. 1987. "Choosing preferences by constructing institutions: a cultural theory of preference formation", en **American Political Science Review**, 81, pp. 4-21 (Estados Unidos).